

SERGIO VODANOVIC PISTELLI

## VODANOVIC SOLO VS. CAROT Y ESTEVEZ

**Y**o creo que todos los que fueron niños solitarios tuvieron y siguen teniendo mi misma experiencia. Me acostumbré a jugar solo y en los juegos que inventaba me desdoblaba creando en mi imaginación diversos personajes con los que dialogaba e interactuaba.

No tuve hermanos, sí hermanas mayores que yo. Ellas pertenecían a un mundo que no era el mío. Mi mundo incluía el fútbol, un fútbol que no practicaba, pero que sí escuchaba en las transmisiones radiales. Todos los domingos veía pasar frente a la antigua casona que habitábamos en la calle Nueva Ñuñoa y que hoy se llama República de Israel, a los que regresaban de los partidos que se jugaban en los antiguos Campos de Sports. “¿Cuándo voy a poder ir al fútbol?” le preguntaba a mi madre y ella contestaba: “Cuando pase el tífus exantemático”. Mucho tiempo después, cuando tuve discernimiento y acceso a la información, me di cuenta que la plaga de tífus exantemático había terminado mucho antes de cuando yo pedía ir al fútbol, pero mi madre, siempre atenta a protegerme de los peligros de las multitudes, se excusaba en la pasada epidemia para que su regalón no se mezclara con gente desaseada.

Impedido de ir al fútbol, salía a la puerta de mi casa todos los domingos, al terminar los partidos y abordaba a la gente que pasaba. “¿Usted, fuma?”, les preguntaba y si me decían que sí yo agregaba “¿Me da la monita?” Eran los tiempos en que los cigarrillos *Particulares* y *La Ideal* traían dentro de sus cajetillas fotografías de las artistas de moda del incipiente cine sonoro.

Con las “monitas” así conseguidas, se me ocurrió un juego para paliar mi frustración de no poder ir al fútbol. Sobre la alfombra del gran living, extendía boca abajo 22 fotografías en la formación que entonces tenían los equipos un *goal keeper* dos *backs*, tres *half* y cinco *forward*, así, en inglés, porque en inglés era la terminología del fútbol de esa época. En el dorso de las fotos escribía el nombre de los jugadores y una incipiente naranja verde, de no más de medio centímetro de diámetro hacía las veces de pelota. Entonces, con un movimiento de mi dedo sobre las monitas, las impulsaba contra la naranjita y así salían los pases, las corridas y los goles. Y para hacer más veraz mi juego iba transmitiéndolo como lo había escuchado en la radio. Los equipos eran Colo Colo, Magallanes, el Badminton o la Unión Española (ya vendría mucho después la “U”, su ballet azul y el desmoronamiento posterior que tanto me ha hecho y sigue haciéndome sufrir).

Inevitablemente pasaron los años y crecí, dejando atrás las “monitas”, el fútbol en la alfombra del living, pero otros juegos solitarios fueron creados por mi imaginación hasta que me encontré con el teatro que no es otra cosa que un maravilloso y

**Dramaturgo, 63 años, casado una hija. Autor de “Dejen que los perros ladren”, “Viña”, “Nos tomamos la universidad” y las teleseries “La Madrastra” y “Los titeres”.**



fascinante juego. Toda mi capacidad de fabular, ejercitada en mis juegos de niño solitario, se volcó en el teatro, creando igual que cuando era niño, personajes, acciones y conflictos.

Pero, al mismo tiempo y sin darme cuenta cómo adquirí un vicio: el del solitario, ese juego de naipes que uno juega solo. Momento libre que tenía, lo pasaba extendiendo las cartas y jugando solitarios. Era una práctica que me daba vergüenza confesar y aún ahora, cuando escribo estas líneas testimoniales, no dejo de sentir que me aflora el rubor.

Me enamoré y me casé con una mujer maravillosa: Betty, con quien llevo 31 años de matrimonio. Se me creó un problema ¿Cómo confesarle a mi esposa este secreto vicio del solitario? Tuve que recurrir a una media mentira o a una verdad a medias, que es lo mismo. Le dije que jugando solitario yo iba atrayendo imágenes, creando personajes y situaciones dramáticas que después se convertirían en obras teatrales. Betty, con la ingenuidad que le daba su amor, me creyó. Incluso protegía los momentos de intimidad en que yo me encerraba a echar las cartas para jugar un solitario. Pero pasados unos años de matrimonio y al observar que los solitarios eran muchos y la producción teatral poca, principió a sospechar. Jean Anouilh, el dramaturgo francés, vino en mi ayuda. Un día, leyendo el prólogo de *Beckett o el Honor de Dios*, me encontré que Anouilh contaba que la inspiración para escribir ésa, su mejor obra, la había tenido después de una noche en que sacó innumerables solitarios. Jubiloso, corrí donde Betty y le hice leer lo que Anouilh decía. “Mira —le dije— Anouilh tiene el mismo método mío de inspirarse para escribir teatro”. Y así fue como el solitario

quedó legitimado ante los ojos de Betty y pude seguir, sin aprehensiones ni sentimientos de culpa, sacando o tratando de sacar una y mil veces un solitario.

Pero después de varios años de extender las cartas de naipes sobre mi escritorio, el solitario comenzó a aburrirme. Fue entonces cuando tuve la gran idea, recordando mis juegos de niños en que me desdoblaba en varias personas imaginarias o jugaba un partido de fútbol entero en la alfombra de la casa de mi niñez siendo, a la vez, los dos equipos antagonicos. ¿Por qué no hacer un campamento de solitarios entre varios contrincantes imaginarios?

A esta altura, necesito dar una explicación: yo siempre juego en el mismo solitario. Es uno en que se extienden todas las cartas en la mesa en cuatro filas de trece cartas, se sacan los ases y el juego consiste en ir poniendo en esos espacios, la carta que le sigue a la anterior del hueco según su número y su pinta hasta lograr que las cuatro corridas queden en orden del 2 al rey de la misma pinta.

Advierto que aquí, la suerte sólo prevalece en el momento en que se extiende la carta, después uno tiene que hacer la elección de cual hueco llena primero, pues al hacerlo, queda el hueco de la carta desplazada que hay que volver a llenar. Y la elección que se llena primero y después, va dando resultados diferentes. No es sólo azar, hay que pensar y decidir.

Ahora bien, como el resultado perseguido es muy difícil de conseguir, se permiten tres vueltas y, al final, si no sale el solitario, es posible sumar el número de las cartas con que termina cada fila. Eso da un puntaje.

Así prosiguiendo los juegos de mi niñez, imaginé que había tres jugadores. Cada uno juega tres solitarios. Si uno de ellos lo saca es un K.O. Si no, obtiene un puntaje determinado. El jugador que hace más K.O. y más puntaje es el que gana.

Había que ponerle nombres a esos jugadores. Uno era yo, naturalmente: Vodanovic y, para los otros dos, recurrí a seudónimos que usé alguna vez en mis tiempos de colegial cuando iniciaba mi incipiente afición literaria: Oscar Carot y Sergio Estévez. Pero como estos campeonatos tenían un vencedor y uno que salía último, a éste lo eliminaba temporalmente y entraba otro jugador. Para estos jugadores suplentes, usé los nombres de dos protagonistas de mis obras teatrales: Lorenzo Cruz y Esteban Uribe.

Como en el fondo del alma de todos los chilenos hay siempre escondido un Julio Martínez, añadí a mis encarnizados campeonatos de solitario la voz de un locutor que comenta las incidencias del juego: “Hoy Carot no parece estar en su mejor forma”, “Vodanovic se está reservando para la última vuelta” y ante un resultado sorpresivo: “Decididamente, en el solitario no hay lógica”.

Sólo una vez compartí mis campeonatos de solitarios con alguien. Fue en Bogotá, cuando pasó a verme mi amigo el periodista Hans Ehrman. Hans me vio jugar y se interesó en el juego. Cada uno con un mazo echaba las cartas, después veíamos el puntaje acumulado y determinábamos el ganador. Hans Ehrman regresó a Santiago y por un tiempo seguimos el juego a la distancia. Yo en Bogotá y él en Santiago extendíamos el naipes y, después, por carta nos enviábamos el resultado. Con orgullo y satisfacción debo decir que el ganador de ese campeonato de solitarios epistolares, fui yo.

Hoy ya he entrado en lo que eufemísticamente llaman tercera edad y una de mis principales entretenimientos, cuando dejo la máquina de escribir, siguen siendo los solitarios. Creo que es un privilegio haber proyectado mis juegos de niño a esta edad sexagenaria. Es como haber logrado conservar la ingenuidad y la inocencia de la infancia. Y pienso que son muchos los que, al igual que yo, siguen cultivando en secreto sus juegos de niños.

Ahora debo terminar esta confesión que me ha pedido *La Epoca*. Me urge jugar un nuevo campeonato. Lo que sucede es que en el último ganó Sergio Estévez, Vodanovic tuvo un traspie y está temporalmente eliminado. Pero muy pronto habrá de regresar a la lid para unirse nuevamente en campeón. Entonces, el Julio Martínez que comenta este apasionante deporte dirá de seguro: “Bien por el veterano Vodanovic. Nuevamente ha mostrado que él es el indiscutido campeón del solitario”.

Y, como siempre, Julio Martínez habrá dado en el clavo. □